

IX

LOS OTROS

Pero ya no estaba solo. Ya al acabar la adolescencia había salido de aquella umbrosa soledad infantil que me había salvado el alma del encanallamiento precoz de los chicos compañeros míos. También yo tenía corazón. Sentía tener algo que decir y quería hablar, desahogarme. Hasta entonces todo el amor comprimido de que estaba lleno habíamelo dado a mí mismo. Me habían conmovido mis cosas, mi vida sin objeto y sin salida. Había llamado a la muerte a mi lado en malos y patéticos versos italianos y franceses, y había llorado aquella mi muerte próxima y obscura. Por la noche, pensando en mí, en mi suerte miserable de hombre a quien estaba cerrado todo camino y negada toda alegría, lloraba. De día llevaba en los cansados ojos y en mi vestido siempre negro una especie de luto anticipado de mí mismo.

Tenía necesidad de cariño. Quería sentir una mano en mi mano, quería ser escuchado y escuchar; tener alguien a quien decir en secreto, en el abandono inolvidable de las primeras amistades, esos sentimientos, esos pensamientos y deseos que no se pueden decir a

los padres y a las madres. Quería alguien igual a mí, para trabajar juntos; alguien mayor que yo, para aprender, para que me guiara; alguien inferior a mí, a quien ayudar y enseñar.

Espiaba en los rostros y en los corazones y no encontraba las más de las veces sino compasión y desprecio, o, ¡peor!, esa odiosa y harto fácil camaradería de los jovencitos mal educados que le cogen a uno del brazo para hablarle de casas de golfas y bicicletas. De los compañeros de colegio, francamente, ni saber quería. ¡Qué gente! Filisteos satisfechos de pantalón corto, encanijados, lívidos y escandalosos desgastados — ¡Y aquel odioso, falso y circunspecto primero de la clase!—No, no. Yo necesitaba corazones amantes y, especialmente, cerebros activos y abiertos. Gente como yo; de esos que en el colegio hacen mal papel, pero que leen, piensan, rumian y tienen insólitas curiosidades y sueños extravagantes en la cabeza. Uno solo encontré en el colegio, pero no era escolar: era un maestro. Maestro por necesidad y poeta por naturaleza. Joven y generoso como era, supo descubrir en mis palabras y en mis miradas el alma para todos muda. Su llegada a mi vida fué como la aparición de la primera estrella en la larga expectativa de un crepúsculo vespertino. El animó mis impulsos poéticos; supo apreciar mis vagabundas rebuscas literarias, y, no obstante su superioridad, me consideró su igual. Fué el primero que en aquel muchacho supo ver un hombre.

Mas él sólo, por cordial que fuese su amistad, no me bastaba; yo buscaba los jóvenes, los jóvenes como yo, y tanto busqué, que en pocos años formé parte de grupos o cenáculos que me parecían, al principio al menos, banquetes y paraísos de inteligencia.

Empecé por reunirme con dos estudiantes mayores y más instruídos que yo (¡sabían latín y griego!), con

los cuales fundé una especie de congregación literaria que se llamó *Trinidad*. Se hizo el estatuto en regla y se nombraron los cargos; cada uno de nosotros fué algo allí.

Nuestra ley ordenaba que cada cual, por turno, defendiera una tesis y escribiese una especie de memoria que había de ser leída y discutida por los otros dos, a los cuales se imponía, so pena de vergüenza, el estar siempre en contra del tercero. Cuando me tocó la vez, volqué en un cartapacio de más de cien páginas una disquisición violenta y cavilosa acerca de los *Promessi Sposi*. Odiaba este libro desde los tiempos del colegio, en que me había tocado durante un año entero hacer el análisis lógico y gramatical de las mediocres desventuras de Renzo Tramaglino y de Lucía Mondella. Aquella campesina sin pasión; aquel cura infeliz y cobarde; aquel fraile que tenía siempre dispuestos el sermón o la bendición; aquel desconocido que se las da de terrible en serio y luego se deja impresionar por los sollozos de una beata plebeya, y se humilla por la liviana oratoria de un santo, me aburrían o me daban rabia.

No sentía cuanto hay de arte puro y grande en ese libro harto famoso; en tanto aquel aura piadosa y cristiana que allí alienta, aquella aquiescencia servil a la voluntad de Dios Nuestro Señor, aquel castigo ejemplar de los pecadores acompañado del triunfo discreto de los simples y los desgraciados, me hacían rebelarme con todo el fuego de mi espíritu satánico y carducciano.

Leí en el campo, bajo un vivo cielo de febrero, mi disquisición a los otros dos—luego convertidos en egregios y respetables servidores del Estado;—les hice una impresión pésima. ¿Cómo? ¿El más pequeño, el más joven de la trinidad, meterse a discutir, a burlarse, a desentrañar una de las obras maestras del genio italiano? Bien están la audacia, el valor, la falta

de prejuicios; pero hasta aquel punto, ¡no en verdad! La discusión fué más agria y litigiosa de lo acostumbrado. Volvía a ver con frecuencia a mis dos censores y seguimos hablando, pero de la *Trinidad* ni se habló más entonces ni nunca.

Por fortuna encontré poco tiempo después a un hombre—tenía más años que yo—que era todo lo contrario de los demás: poeta (es decir, escribía poesías en verso y en prosa), músico (tocaba la flauta), entusiasta, cordial y extravagante como yo quería y deseaba. Conocía y amaba a los mismos escritores de mi corazón (Poe, Walt Whitman...), me inició en Baudelaire; me dió a leer libros maravillosos y nuevos para mí: Flaubert, Dostoiewski, Anatole France...

Su vida era doble: administrador o qué sé yo durante el día, era un soñador ardiente y despreocupado por la noche. Escribía muchísimo y había encontrado medio incluso de publicar algo suyo en los periódicos. Me hizo conocer a otros amigos suyos, artistas o que querían ser tales; un poeta delicadísimo, rico de imágenes, lánguido de todas las melancolías, heiniano y dannunziano al mismo tiempo, lector furibundo de todas las literaturas y, en el fondo, escritor de raza. Era alto y fino como el tallo de un lirio; pálido como un novicio místico; púdico y frágil como una virgen; pero estaba tísico y murió pronto.

Conocí con ellos a un pintor misterioso y fúnebre, apasionado de Boecklin; a un violinista medio loco, improvisador furioso (al piano) de marchas triunfales; a un compositor principiante, que andaba perpetuamente en busca de libretos, de lecciones de canto y de mujeres ajenas.

No eran, como vi más tarde, hombres tales que pudieran darme mucho, o de los cuales se pudiesen esperar grandes obras. Con todo, aquello fué para mí, después del helado mundo librero, el primer contacto

con el cálido y vivo del arte. En aquel facsímile de bohemia de ciudad pequeña estaban representadas todas las actividades del espíritu. Veía en ellos a hombres que hacían, que creaban, que alcanzarían un día u otro la gloria, y no ya las imágenes tiesas de los muertos célebres, solemnes y sepultados.

De aquellas juventudes oscuras, afanosas, ebrias de sueños y trabajadas por la duda, saldrían los genios de mañana, los conquistadores de la eternidad, los felices donadores de las bellezas nuevas. Y yo quería ser uno de ellos, sentirme compañero suyo, hermano en tal subterránea rebusca de la belleza y de la fortuna.

Nos encontrábamos todas las fiestas en casa del mayor de todos; se tomaba el café, se fumaba (¡los primeros cigarrillos!), se hablaba con enfática sinceridad de un libro nuevo, de un escritor descubierto entonces, de un artículo, de una ópera; se discutía, se luchaba, se gritaba. O, también, leían los poetas, interrumpidos por el entusiasmo de todos, los poemillas escritos durante la semana, y uno entonaba en la flauta una pastoral de monótona ternura, y otro tocaba algo de Bach o un trozo de música suya.

Había en todos nosotros la firme esperanza de estar designados para la gloria y la grandeza. Cada uno de nosotros admiraba a los demás y era por ellos admirado. No había envidias ni rivalidades. Queríamos engañarnos y soñar; una de las frases más repetidas entre nosotros era: "Que era menester beber a grandes sorbos en la copa de la quimera". Por lo demás, nunca he podido saber qué era aquella famosa quimera, de que se hacía tan inmoderado uso dominical.

Entre aquellos cinco afiliados, también yo tenía mi parte. Yo representaba allí al crítico, al erudito, al filósofo. A mí se dirigían para tener noticias históricas, títulos de libros o luces precisas sobre las teorías de

moda. Gozaba para con ellos de una fama de infinita sabiduría, que sólo en parte sentía yo merecer, teniendo en cuenta la ignorancia de los demás. Pero esta reputación y mi taciturnidad no del todo vencida, me hacían más autoritario y temible de lo que era menester. Y a ellos, por miedo quizás a la enorme estimación que por mí tenían, nunca les leí nada de lo que iba escribiendo recogidamente, por entonces, en torno a los más embrollados problemas de la vida y la muerte.

Mas no por sentirme a gusto en aquella periódica baraunda poética dejaba de sentir también que no me bastaba, que algo más andaba buscando mi espíritu, saciado ya y llevado a las abstracciones y a las construcciones conceptuales. Gozaba allí al calor de aquel entusiasmo ligero y un poco vulgar; la poesía ensanchaba y afinaba mi sensibilidad; la música, saboreada entonces por primera vez, acompañaba con ritmos más graves mis galopadas visionarias.

Pero no sentía en ninguno de mis nuevos amigos la pasión por el pensamiento desnudo, el hálito del razonamiento, el gusto y la práctica de la controversia lógica. Y a eso de los dos años acaeció mi traición: los abandoné poco a poco por otros compañeros, por otras orgías cerebrales.

Los nuevos eran tres. Un estudiante de medicina, rubio y guapo, que prefería Shelley y Musset a los tratados de psiquiatría, y la galería de los Ufizi a la sala anatómica; un casi doctor en letras, enano y locuaz, rebuscador de librerías, poeta de incógnito, a veces bebedor y jaranero, pero buen chico en fin de cuentas; un muchachuelo más pequeño que todos nosotros, irregular en todo, escolar de ninguna escuela, estudioso de ninguna materia, enemigo jurado de toda disciplina, desconfiado de sí mismo y orgulloso, cínico y melancólico. Al punto comprendí que en éste

había más alma y mejor paño que en los otros dos, y a él me uní especialmente desde los primeros tiempos. El mismo día que le conocí reñimos, pero al punto le tuve de aliado contra los otros dos, que representaban en nuestros numerosos encuentros cotidianos la poesía, la literatura, la elegancia, el *snobismo*; en una palabra, ese espíritu dannunziano que empezaba entonces a hinchar y estropear antes de tiempo a los jóvenes italianos. Nosotros dos, por el contrario, estábamos por el hecho, por el saber, por las ideas, por la teoría simple y simétrica, por la dura filosofía.

Durante muchos meses conseguimos estar juntos y discutir sin demasiada acritud. Algunas simpatías comunes, y especialmente algunos odios fuertemente sentidos por todos, nos mantenían unidos. Al cabo, sin embargo, se empezó a pinchar y echar pullas; de la ironía presto se pasó al sarcasmo, a la injuria, al ataque. La compañía acabó misteriosamente: hubo en el aire una desconfianza trágica. Finalmente, se acordó la separación absoluta y perpetua: dos de una parte y dos de otra. Aun veo el sitio y la hora en que fué decidido y resuelto en pocas palabras el abandono irrevocable. Nos separamos sin adioses ni apretones de manos. Yo me quedé, a la caída de la tarde, con sólo un amigo, con el solo amigo de toda la vida, con un amigo todo para mí.

X

EL

¡Caro Julián! Han pasado más de doce años desde aquel otoño angustioso y lluvioso en que nuestras almas dispersas se encontraron y unieron. Podemos hablar de aquellos tiempos pacata, serenamente, como si no se tratase de nosotros, que tenemos todavía los mismos nombres y apellidos y tantos recuerdos comunes. Ya no somos los mismos. Yo no soy yo; tú no eres tú ya. En un momento dado tomamos diversos caminos. Tú eres ahora un hombre serio, respetado, trabajador; tienes admiradores, secuaces, tal vez discípulos. Has hecho tus campañas; puedes mostrar tus heridas; has sabido crear de la nada algo que se tiene en pie, que rige y que rinde; has querido esconder las tra vesías dolorosas de tu alma complicada, bajo el mandil del obrero y los anteojos del escribiente.

Yo me he quedado un poco siempre en el vagabundo caprichoso y sin timón de aquellos tiempos; no tengo arte ni parte, no tengo la piedra de una certidumbre en que apoyar la cabeza; no tengo un pedazo de mundo que poder rodear de un muro y decir: ¡es mío! Pero también yo he cambiado, ¡y de qué modo!

Podemos, pues, hablar de aquellos años con toda

la verosimilitud de la calma, como si fuese historia e historia de otros. Pero no puedo por menos de hablar de ello; nuestra amistad no fué como todas las demás: frívola, pasajera, sentimental. Debes reconocer que no fué como todas las demás.

No sé si tú has sentido nunca profundamente, en toda su plenitud, cuán grave y bello suceso ha sido nuestra larga fraternidad. Por mi parte, no sé recordar mi vida de esos años sino acompañada de tu figura de laborioso y excitable jacobino. Me veo contigo contra el viento de invierno y contra el polvo de verano, apoyado en las barandillas, a orillas del Arno, contemplando la furia inútil de una presa; tendido en la yerba en una cima del Mugello; inclinado a husmear en los puestos de libros viejos, o sentado en silencio a la mesa desmantelada de una hostería campestre. Por muchos esfuerzos que haga nunca me veo solo. Recuerdo día por día nuestra vida común y nada más fuera de ella.

¿Te acuerdas de tu primera casa, en aquella calle limpia y solitaria, entre palacios y jardines cerrados, por donde no pasan de noche sino enamorados y porteros? Era una casa grade y un tanto amarilla, y no obstante no tuviera arriba de cincuenta años a lo sumo, exhalaba ya algo de vejez y de tristeza. ¿Te acuerdas del gran cuarto oscuro, todo lleno de libros, almacén de todas las delicias italianas y francesas, última tierra prometida de todas las curiosidades de ignorante? ¿Recuerdas las largas charlas en tu habitación, ante el suave chisporroteo de la leña seca, mientras caía rápida la noche y las campanas sonaban sin cesar por algún olvidado duelo? ¿Te acuerdas de aquel jardinillo estéril enterrado entre paredes húmedas y ventanas siempre cerradas, donde por primera vez hablamos, conmovidos, de Stirner y de la divina libertad del yo? ¿O te acuerdas más bien de cuando

íbamos a esperar la puesta del sol a las colinas y mirábamos la ciudad cobardemente tendida a orillas del lento río, y le decíamos: serás nuestra!

A veces íbamos más lejos, a los montes, en busca de soledad, de viento y de serenidad. El camino nunca parecía largo. Seguíamos adelante con nuestro paso ligero de andarines impacientes, y en vez de cánticos, alegrábons el camino pensamientos y paradojas. Las subidas nos animaban como una batalla que vencer; los descensos nos humillaban y enmudecían. Presto escapábamos de las tapias, de las cercas de espino artificial, de los campos rayados en surcos derechos como un cuaderno de colegio. Buscábamos la altura y la libertad, los caminos sin la regla de los setos, los senderos y atajos, las manchas calvas, las subidas pedregosas que llevan a las casas deshabitadas. Y cuando llegábamos a la cima, al pie de los muros de un convento pobre y cerrado, o junto a los pedregales de las atalayas en ruinas cantábamos *La Marsellesa* en el gélido silencio de febrero, ante los valles desiertos y desconsolados, a las montañas lejanas, negras de pobreza, a lo largo de las costas, blancas de nieve y de luz, hacia el cielo manchado de nubecillas, y se nos ensanchaba el pecho bajo el respiro de los pulmones y el latir del corazón. ¡Cuán lejos estábamos de la ciudad estrecha y estrepitosa, y de todas las santas leyes de la humillación, ser amos del mundo, los únicos hombres dignos y nobles del mundo. Soplaban el viento, salpicándonos la cara alguna gota que se había quedado en una hoja; viajaban las rígidas nubecillas blancas por el cielo grande, sin color; quejábanse los árboles, golpeados sin merced por una onda de tramontana, y las yerbas quemadas y pálidas por el hielo esperaban, pacientes, la primavera y el oloroso secreto de las violetas.

Caro Julián, hoy somos ya dos hombres y no dos

muchachos. Tenemos mujer e hijos, tenemos diferentes deberes, tenemos, en cierto sentido, cura de almas. Con todo, creo que si algo menos falso ha salido nunca de nuestro espíritu; si ha de quedar algo de nosotros, después de la muerte, en los espíritus ajenos, lo debemos y lo deberemos a aquellas frías fiestas invernales, a aquellas fugas en pareja hacia la tierra desnuda y la altura immaculada.

Acuérdate de nuestras veladas, cuando yo iba a tu casa, donde estabas solo, escribiendo y esperándome. Delante de tus ventanas había un ciprés y junto al ciprés una subida. Queríamos a aquel ciprés, que era un poco destartado y polvoriento, pero negro por entero y completamente solo en aquel resto de antiguo jardín. Y mirábamos muchas veces la subida. Nuestra vida era y quería ser una subida. Habíamos soñado todos nuestros sueños en alto, los pies en la yerba agostada y el perfume del tomillo en el aire. Todos nuestros proyectos de libros, nuestros programas de periódicos, nuestros planes de acción, los hemos concebido y desarrollado allá arriba, a unos cuantos centenares de metros sobre el mar y sobre la gente. Y en todo cuanto yo pensase o propusiera entrabas tú también; y en las cosas propuestas por tí debía tener parte yo, y el universo estaba netamente dividido así: nosotros dos, de una parte, y todo el resto, de la otra.

Arriba, junto a la desembocadura de la calle de San Leonardo, había dos cipreses grandes y majestuosos, y casi de la misma altura. Estaban emparejados y no tenían compañeros en derredor. Dijimos — una vez — que aquellos habían confundido sus raíces bajo tierra y sus ramas en el aire, así nosotros queríamos estar unidos en la vida y en el porvenir. Y dijimos asimismo que la suerte de aquellos cipreses sería la nuestra, y que si uno de los dos era cortado o fulminado, lo mismo nos acontecería a uno de nosotros... ¿Te acuer-

das? Pero los dos cipreses están allí todavía, y ni la tormenta los ha abatido ni el hacha los ha podado, y allá van los pajarillos al caer de la tarde a piar su amor. Y aun vivimos nosotros dos y siempre juntos, pero los orgullos locos ya no nos llenan la cabeza, y cuando paso ante los dos negros hermanos bajo la cabeza y — no sé por qué — se me aprieta el corazón.

¿No sientes qué grave suceso, qué hermoso suceso ha sido nuestra amistad de entonces? No sé si en tu memoria estaré vivo y presente como tú en la mía. No sé hasta qué punto sabes que lo mejor de nuestra vida empieza allí, y no antes, y que precisamente en esos años nuestra alma ha esculpido para siempre sus rasgos y medido la largura de sus alas.

Estamos juntos y lejos, amigo mío, y yo no sé nada de tí y tú ya no sabes nada de mí.

Pero si te recuerdo sentado ante los pupitres inmensos y garrapateados de la biblioteca, en las mañanas y tarde del trabajo apasionado, y vuelvo a oír tu voz preguntándome o respondiéndome algo (mirando en derredor con un rabillo del ojo para que el hombre severo que pasea de arriba abajo no se diese cuenta de nuestro bisbiseo ilegal) entonces lo comprendo todo y vuelves a ser mío, todo mío, como en aquellos lejanos días de nuestra impaciente vigilia.

O cuando íbamos al café, por la noche, ya tarde, y nos refugiábamos en la última mesa, en el rincón más lejano del caserón aquel de hierro y cristal de la gran cervecería. ¿Te acuerdas cómo pasábamos, modos y desdenosos, muy tiesos, en nuestras capas negras, por entre las mesas de las buenas familias, junto a los filisteos solitarios que se morían de aburrimiento hipnotizados por la copas vacías, bajo la mueca de los jovencuelos elegantes y vulgares como criados? ¿Con qué satisfacción nos metíamos allá dentro

a beber el café caliente y malo, a recapitular las conquistas del día, a comentar el pasado y el futuro, la cara estúpida del vecino y la suerte del mundo, las plagas de la tierra y las esperanzas del cielo! ¡Cuántos libros hemos repasado, cuántas ideas hemos vuelto a descubrir, cuántas glorias hemos triturado, cuántos sistemas hemos desmontado, de cuántas obras hemos escrito el índice y el prefacio, a cuántas paradojas hemos dado aire y a cuántas saetas hemos limado la punta! ¡Nada de ajeno ni champaña! Era la nuestra, como la dipina juventud, una borrachera sin vino, una orgía sin mujeres, una fiesta sin música y bailes. Era el exultante desenterramiento cotidiano de nuestro yo, de nuestro más íntimo y verdadero yo; el descubrimiento, el rehacer perpetuo de nuestra inteligencia de líricos del concepto y de sondeadores de profundidad.

Nos hemos descubierto juntos y juntos hemos descubierto el pensamiento. Yo te revelé tu alma y tú me abriste la mía. Juntos hemos creído y negado todo; hemos edificado y derrocado. Uno al lado del otro, la mano en la mano, hemos buscado la verdad, devorado los libros y discutido las glorias más incontrovertibles. En el mismo instante nos hemos librado de la fe de los padres, de los ídolos de la tribu, de los rastrillos de los temerosos. Hemos dormido en la misma cama, comido en la misma mesa y hemos señalado en los mismos libros las mismas páginas. Con todo, nuestra amistad no ha tenido nada de blando, de femenino, de patético y — digámoslo también — de cordial. Ha sido la amistad de dos cerebros en pena, y no la correspondencia de amorosos sentidos de dos corazones confidentes.

No nos hemos besado nunca, no hemos llorado juntos ni una vez, y ninguno de los dos le ha dicho al otro los secretos más caros de sus pasiones. Cuando

te enamoraste lo supe por otros, y tuve la noticia de tu matrimonio por el *Corriere della Sera*. ¡Por algo leíamos con tanto ardimiento *Le rouge et le Noir* y la *Mort du loup*!

Si; tendrás que reconocerlo. Nuestra amistad no fué como todas las demás. Completamente cerebral, completamente intelectual, completamente filosófica; tuvo, sin embargo, los ardores y las tempestades de los afectos del corazón. Y no estoy muy seguro tampoco de que para nada entrase en ello el corazón. Yo no soy únicamente un cerebro. ¿No sientes cuánta nostalgia en estos recuerdos, en estas memorias de una felicidad irrevocable? ¿Y por qué este pasado de lecturas, paseos y coloquios—este pasado simple y recogido de trabajo y de silencio,—me conmueve más que el recuerdo de un amor? ¿Por qué siento todavía por ti una ternura nunca dicha, nunca manifestada, que ni una vez siquiera he mostrado en mis actos o expresado en mis cartas? No; yo no estoy de ningún modo seguro de que el corazón no tuviese parte en ello.

Tú solo, tal vez, podrías decirlo; pero no te lo preguntaré. No quiero que lo digas; será otro de aquellos secretos—¡el último!—que hacían más pura nuestra viril fraternidad.

de tal modo, que todos tuvieran que decir: "¡Es así; no puede ser más que así!"

Entonces me parecía que solamente la ciencia podía dar la certidumbre, una filosofía enlazada a las ciencias y de ellas nacida. Todo el mundo conoce esa filosofía; se llama, en nuestros tiempos, positivismo. Me propuse, pues, hacer una demostración positiva del pesimismo.

Me arrojé, con el hambre de los diez y ocho años, sobre las antropologías, psicologías, biología y sociologías, que estaban entonces en ese insostenible colmo del medio día, que ya anunciaba el cansancio. Amontoné hechos, copié cifras, apliqué teorías, tenté generalizaciones, improvisé simiescamente hipótesis y sistemas. Y poco a poco fuí tomándole gusto; me olvidé de la tragedia del mundo, de la vanidad leopardina, de la renuncia schopenhauriana e incluso de mi indefinido descontento. Me gustaba la investigación por la investigación; la idea que engendra una idea más grande; el poder maravillosamente ensanchador de la abstracción. Los métodos y los conceptos me conquistaron; no vi ya mi dolor reflejado en el mundo, pero sentí pensar el mundo dentro de mí. Desde entonces mi vida fué pensamiento, y sólo pensamiento. La idea me pareció la única realidad, y la filosofía la única expresión perfecta.

Estaba ahogado por los hechos, pero los hechos no me bastaban. Por muchos que sondease y amontonase no agotaban el infinito. Aquella riqueza de particularidades que había sido mi única riqueza de erudito desordenado, parecíame una desesperada miseria. Mi mente, maniática de vastedad y de totalidad, buscaba los conceptos universales como el único alimento que por fin le pudiese quitar el hambre. Las teorías me gustaban más que las pruebas, las ideas más que la experiencia y dos hechos tan sólo me parecían más que

XI

EL DESCUBRIMIENTO DE LA UNIDAD

Hasta entonces el pensamiento había sido testigo y apoyo del malestar, de la tristeza, del ingenuo disgusto de la vida. Horquilla, armadura, sustentáculo, y nada más. Llamaba a grandes voces a la filosofía para expresar y justificar un sentimiento mío: aliada, auxiliar y sierva que alababa en tanto me daba razón y me prestaba su imagen—venerable, creía yo entonces,—para no presentar a los enemigos la lírica desnudez de mis angustias infantiles e imaginarias.

Pero en aquel escoger el obscuro asidero, sin adorno, de la filosofía, antes que la shakespeariana y abigarrada capa de la poesía, era la señal de una inclinación instintiva hacia el pensamiento abstracto y el reconocimiento; puedo decir ahora que aquella veste tenía un valor en sí y más valor que otras, y, en fin, la tendencia a descubrir que bajo aquel hálito podía haber también un cuerpo sólido y vivo.

Así, pues, salí del dolor por la vía del pensamiento. El método hizo olvidar los resultados y el medio mató el fin. Mi idea fija, como he dicho, era podar el mal de la vida de modo certísimo, irrecusable, definitivo, de tal modo, que nadie pudiese decir que no;

bastantes para elevar un sistema. A fuerza de seguir adelante, por abrazar cada vez más realidad con menos principios, caí, como era natural y necesario, en el monismo. No ya en el monismo idealista, que conocí después, sino en un monismo cual podía ser inspirado por los grandes mecanistas que entonces frecuentaba. Creía—creía—en una substancia única que componía todas las existencias del universo, y que, aun siendo indefinida, asemejábase más a la vieja materia que a cualquier otra cosa.

Para mí, este monismo, esta fe en la unidad profunda y substancial de todas las cosas, no era únicamente una palabra, una frase, una fórmula. La sentí y la viví en mí, en cada momento de la vida, como se viven una pasión y un amor. Todas las cosas diversas eran, en verdad, para mí una sola cosa; la substancia única, substratum del variable todo; no era una invención mental, sino la realidad misma. Y exaltábame una voluptuosidad continua: la de creer saber que todos aquellos objetos tan separados, tan diferentes para las bestias ciegas que me circundaban, eran, por el contrario, para mí el mismo objeto, el mismo principio, la misma tela cortada y coloreada de mil maneras para comodidad de nuestros sentidos.

Tanta era la fe, que me convertí en apóstol. Empezaba entonces a superar el círculo de los compañeros de escuela y a reunirme con algún intelectual viejo (que era, o me lo parecía, superior a mí) y con otros menos doctos que yo, pero curiosos de ideas, con los cuales podía arriesgar las primeras experiencias de maestro. Recuerdo siempre un instante de Junio musical y solar. Estaba en casa de un cuentista principiante, a quien quería convertir a mi fe. Sonaron de pronto las campanadas de mediodía y pareció como si llenasen de calor sonoro todo el aire ya colmado de sol.

Mira—díjeme, mostrándole una pluma,—piensa que esta pluma y ese repique son la misma y única cosa. Es ésta una fuerza fija, aprisionada por ahora en madera y hierro; esa otra, una fuerza que ahora se libera en anchos círculos en el azul. ¿Dónde hay una verdad más profunda y grandiosa que ésta?

Y en aquel momento sentía, veía, tocaba en toda el alma aquella divina unidad y vislumbraba verdaderamente la enemiga confusión del diverso regurgitar hacia el origen único de un solo manantial, de un solo momento, y enlazarse en el futuro hacia la única desembocadura de un panteísta nirvana.